EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN. Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil). ANUNCIOS Á PRECIOS ECONÓMICOS | MURCIA 8 DE AGOSTO DE 1902 | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN. En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1. Fuera, trimestre. . . . . . » 3. NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES | NÚM 698

DE ACTUALIDAD

Tema descartado

Lo es ya, después de las aclaraciones publicadas en la prensa, el referente á la supuesta retirada del Sr. Sagasta.

El ilustre jefe del partido liberal—casi son sus palabras—tiene ganado el derecho al reposo; pero hoy por hoy renuncia á ese derecho.

La noticia ha sido muy grata para cuantos se interesan por los destinos y los éxitos del partido liberal: Sagasta hoy por hoy parece insustituible en la dirección del mismo.

Difícilmente personalidad alguna reunirá la suma de simpatías, gozará la popularidad merecida del venerable político: difícilmente nombre alguno despertará las esperanzas y la espectación benévola que el nombre de Sagasta despierta.

Nadie como él, podrá unir en apretado haz, bajo su jefatura indiscutible, acatada por todos con cariño y respeto, todas las significaciones y tendencias que constituyen las numerosas huestes del partido liberal español.

Su historía política, larga, accidentada y gloriosa, le rodea de una aureola de prestigios como muy escasos estadistas la han logrado: sus servicios relevantes á la patria, á la libertad y al trono merecerán lugar preferente en las páginas consagradas por la posteridad á este periodo histórico.

Hasta de las responsabilidades que sobre él se han pretendido descargar con motivo del desastre de la pérdida de las colonias, habría que hablar mucho: que no con falta de razón ha dicho el «Heraldo de Madrid», tan en condiciones para juzgar imparcialmente al ilustre político:

«...cuando pasen años y más años, y con las lejanías de la Historia se juzgue serenamente, imparcialmente, de las personas y las cosas, se fallará por unanimidad que el Sr. Sagasta salvó á España de que la catástrofe de la derrota fuera mayor y de que en tan apurado, bíblico, trance no se perdieran con las colonias, entrañas de la patria, pedazos de la Península.»

Nada más fácil, ni más simpático á los ojos de la mayoría de las gentes, que atacar rudamente, despiadadamente, á los que gobiernan: pero nada más justo que huir de los apasionamientos y rendir culto austero á la verdad.

Y la verdad obliga á confesar, que es hombre el Sr. Sagasta, al que debe sus país grandes servicios: y que su puesto importantísimo en la política española, cuando los achaques le obliguen á abandonarle definitivamente, quedará desierto, vacante por largo espacio de tiempo.

INSTANTANEAS

«LA BRISA»

A una milla, poco menos,
de esta marina ciudad,
al pié de un monte muy alto
y en un recodo que el mar
hace en el sitio en que rompen
olas que llegando van;
donde están los faros cerca
y lejos la inmensidad
y sopla un aire mimoso
que nos moja al arrullar;
donde, besando las rocas,
las aguas son un cristal
flotante que se extremece
en grave balancear;
donde no llegan los barcos
de gran porte ni de gran
calado, sino barquillas
de cuatro remos lo más,
ó los esquifes ligeros
ó algún pescador asaz
cachazudo y sin ninguna
ocupación que el pescar;
pues este es un merendero
donde el parroquiano va
y encuentra aspecto de rancho
y honores de restaurant,
llamado «La Brisa» porque
se suelen condimentar
los platos que hay en las mesas
con los vapores que están
desposados con los aires
en el tálamo del mar.
([illegible] ná frase que me ha salido
sin re[illegible]rla ni *ná*!)
Allí el *pescado* en los platos
parece que es *sin pescar*,
porque aun frito bulle y bulle
y, extremeciéndose, da
rabotadas, que parece
que se nos quiere escapar.
Los mariscos en las rocas
con gran prodigalidad
se muestran á nuestros ojos
como cajas de metal
embutidas en las peñas
á donde van á parar
una tras otra las olas
en busca de libertad.
Y amenizando aquel sitio
se oye á lo lejos sonar
sobre los barcos de guerra
el toque alegre y marcial
de cornetas y tambores
cuando el sol va á declinar
y hay que plegar la bandera
con toda solemnidad.
Esta es «La Brisa», que tiene
fama casi universal
y con aspecto de rancho
honores de restaurant;
la que está como una milla
de esta marina ciudad,
al pié de un monte muy alto
y en un recodo del mar.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

LA LAGRIMA QUE FALTA

Es una historia muy extraña, pero muy verdadera.

Y es como sigue:

Todo cansa en este mundo, y hasta en el *otro*, según parece. Es el caso, que el *diablo* se cansó de estar en el infierno, lo cual se comprende. Y aun se cansó de ser *malo*, lo cual se comprende menos, porque hay hombres, que sin alcanzar categoría infernal, de ser *pésimos* no se cansan nunca. Pero el *diablo* legítimo, el dueño y señor de los antros tenebrosos, quiso cambiar de condición. ¿Cómo podría conseguirlo? He aquí el problema, que el *viejo Hamlet* se planteó á sí mismo.

Donde menos se piensa se tiene un amigo, y el diablo tenía uno muy antiguo en el cielo, por inverosímil que esto se les antoje á mis lectores; y era su amigo nada menos que un *ángel*.

Amigos habían sido el diablo y él, antes de la tremenda caida de Satán, cuando tenían los dos alas blancas en los hombros, y aureola de luz sobre la frente. Después de aquella siniestra caida, algo se enfriaron sus relaciones; pero así y todo, á veces se veían, y se hablaban en el lenguaje que usan los espíritus; se veían digo, sobre la nube tempestuosa el *ángel bueno*, nadando entre relámpagos y braceando entre centellas el *ángel malo*.

Y una noche de tormenta, en el repliegue de un nubarrón, le dió *aquél á éste* un consejo; un consejo de amigos:

—Si consigues fabricar una *escala de lágrimas*—le dijo—por ella podrás subir al cielo, y... ¿quién sabe si Dios te dejará entrar? ¡He visto entrar á tantos de ese modo!

No oyó el diablo más, porque el estampido del trueno le ensordeció y una ráfaga de viento deshizo el nubarrón.

Desde aquella noche, el diablo no cesó de pensar. ¡Pensar! ¡Mala manera de ganar el cielo! Pero el que tiene mañas perversas no las pierde, sobre todo en el infierno. Aunque en la tierra tampoco se pierden.

Un dia estaba cavilando en cómo fabricaría aquella *escala de lágrimas* de que su amigo le había hablado, y el sitio que había escogido para sus cavilaciones era agreste y solitario por demás: la quebrada de un alto y negro monte. Por el fondo corría un riachuelo entre guijos y peñas. Y el diablo, tendido en una de las márgenes, se rascaba los cuernos y se tiraba del rabo, sin que brotase ni una idea de luz en las negruras de su cerebro maldito.

De pronto se fijó en una *feísima araña*, que estaba como prisionera en un pedrusco del centro de la corriente, formando en él á modo de un islote. El animal daba vueltas á todo el contorno de la pequeña isla, y por ninguna parte podía salir.

Interesóse el diablo por la araña insular, y pensó que él y el repugnante animalucho estaban en situación muy parecida. Le hizo gracia el lance y se rió: el barranco y el agua se pusieron pajizos, como iluminados por llama de azufre, pero pasó la risa y pasó la amarillez. El monte volvió á sombras y el riachuelo á sus blancas espumas.

Entonces el negro espíritu vió que la araña, sin ser el diablo, discurría mejor que el diablo mismo. Convencida de que el pedrusco era una verdadera isla, y de que no había terreno firme por donde escapar, acudió á un medio ingeniosísimo. Levantó la parte posterior de su cuerpo repugnante y empezó á echar al aire hebras finísimas del hilo que para fabricar sus redes suele tejer: flotaron las hebras, fueron cada vez más largas, el viento las llevó más y más lejos, y al fin una de ellas se adhirió á otro pedruzco.

En cuanto la araña, que de cuando en cuando, con sus patitas templabla las hebras, conoció que el sutil cable tenía punto de amarra, lo desprendió de su cuerpo, lo pegó al pedrusco, y sirviéndose del hilo como de puente colgante, pasó á la piedra de más allá, y de una en otra, por el mismo procedimiento á una de las márgenes.

El diablo aprovechó la lección y combinó todo su plan de escalamiento celeste.

Recogiendo muchas lágrimas, pensaba él, haría un hilo inmenso: lo pegaría al borde del infierno y lo dejaría flotar. Y del mismo modo que el viento se llevó la hebra del animalejo, ese soplo de vida que sube de la tierra al cielo como atraido por el centro de todo amor, levantaría el hilo de lágrimas hasta que por arriba se pegase á la bóveda celeste. Entonces por él treparía el diablo como araña peluda de los abismos; y en llegando arriba su amigo el «ángel» le haría entrar en la morada de los justos.

Púsose el espíritu del mal á recoger lágrimas para su obra. ¡Muchas se necesitaban, pero nunca le faltaron! Que por algo es este mundo valle de lágrimas y si por ventura escaseaban, no tenía el diablo más que apretar los tornillos del dolor, y nuevas y ardientes lágrimas correrían inagotables.

¡Por todas las mejillas las iba recogiendo el protervo!

¡Lágrimas de amor; lágrimas de desesperación; lágrimas de ira; lágrimas de arrepentimiento; lágrimas de alegría; ¡qué rica variedad! ¡Y cuántas! ¡Y cómo brillaba el hilo á modo de sutilísimo rayo de luz!

Con su baba, pegaba el diablo las pequeñas gotas unas á otras y el sublime cable iba creciendo.

Creyó el diablo que ya tocaba en lo celeste y se puso á subir.

¡Qué grotesco subía! Pero él como enorme araña, iba trepando por el hilo de lágrimas, espacio arriba, hacia la eterna bóveda de diamante.

Llegó al fin; el ángel su amigo, asomó la cabeza, y le dijo que no podía entrar.

No podía entrar porque el hilo no tocaba todavia el cielo; faltaba muy poco, muy poco; pero ese poco era como un «abismo infinito»; faltaba el espesor de una lágrima; solo de una; más no habia de ser robada á los que sufren, sino del diablo mismo; de sus propios y áridos ojos habia de brotar; en su seno maldito habia de forjarse; sus entrañas de hiel habian de cuajarla. «Faltaba, pues, una lágrima»; pero había de ser suya. «Llora, llora, desdichado—le dijo el ángel—haz lo posible, haz un esfuerzo supremo; una lágrima basta».

El diablo se dejó escurrir por el hilo y cayó en el infierno.

Necesitaba llorar y no podía; se revolvía las entrañas con las zarpas, buscando aunque no fuera más que una gota de llanto, y no la encontraba, ¡mísero ser! Cuajarón de sombra, sequedad eterna, negación completa de todo amor.

Su desesperación fué tan grande como su caida.

Quiso llorar, se mezcló á sus condenados, sufrió sus tormentos, recorrió todos los círculos del dolor; pero ni el dolor ni los tormentos humedecieron sus párpados verdosos.

Cruzó la tierra toda pidiendo á la creación una lágrima.

Se golpeó los ojos contra los picachos de las peñas y brotaron chispas mezcladas con aullidos; pero una lágrima nunca.

Bajó á los mares y las aguas de los occéanos clavaron sus dientecitos de sal en los cristales ardientes que rellenaban sus órbitas fatales; pero la humedad salobre no era la lágrima que faltaba.

Quiso presenciar los dolores humanos por si habia uno entre todos capaz de inspirarle compasión y de dar rocío á sus ojos. ¡Empeño inútil! Habia perdido la costumbre: el dolor ageno le habia hecho reir siempre. Y la risa constante, sobre la tierra, hace idiotas ó malvados; en el infierno es la forma suprema del dolor, pero del dolor sin lágrimas.

Y con rabia se ceba desde entonces el diablo en los humanos, hasta inventar algún dolor que le arranque alguna lágrima: la lágrima que le falta para llegar al cielo.

José Echegaray

CRONICA

Cartagena

Paseé por la feria (si esto es feria) y el derroche de luz y la intensidad de la misma hirieron mi vista, hasta el punto de tener que inutilizar los quevedos. Ya tendré que usarlos en lo sucesivo de un número menos.

No es solo el efecto de la luz lo que mortifica la vista; es ademas la contínúa fijeza que hemos de tener en las innumerables cosas que se ponen dentro del foco visual, y de estas cosas es la más digna de tener en cuenta la mujer. Es que van de una manera las niñas del siglo veinte, que le encienden el tupé al mismísimo Sagasta con su divieso y todo. ¡Con unas formas! ¡Y con un *ajuste*!.. En fin; lo dicho, quevedos de un número menos.

Pero lo que he notado con mucho sentimiento, ha sido el cambio operado en el paseo. Antes era de ver aquellas filas de sillas ocupadas por la *creme* en todo su contorno: hoy los pabellones han monopolizado el elemento femenino y tras de éste, como satélites tras los planetas, se han replegado tambien los del sexo feo, poniéndose al amparo de las faldas. De donde resulta que en el paseo central hay desanimación, no hay movimiento, allí solo pasean cuatro personas que no tienen *pabellon reconocido*.

¡Aun hay clases!..

***

Blazquez, el incausable comerciante, el émulo de Mercurio, abrió su Bazar en la calle Mayor núm. 23, tan reformado que queda por encima de los mejores establecimientos de Cartagena. Es un verdadero capricho, en donde están reunidas todas las exigencias del gusto moderno en esta clase de tiendas *sui géneris*.

Anoche lucía la hermosa muestra expléndida de luces causando la admiración de todos.

Por supuesto, que el elogio está hecho con solo decir:

¡Cosas de Blazquez!

Y mis paisanos ya me entienden.

P. Jara.

LA CUESTION DEL PIMIENTO

Información de «El Imparcial.»

El redactor de «El Imparcial» señor Leyva, telegrafía á este periódico lo que sigue desde esta capital:

«Con objeto de conocer directamente las adulteraciones que sufre el pimentón, fuí hoy á la huerta, visitando los almacenes de la sociedad anónima «El Desengaño», constituida por cosecheros y productores con un capital de cincuenta mil pesetas.

Esta sociedad exporta pimiento puro

He presenciado los mismos experimentos que hicieron ante el público, convenciéndome de que el aceite encubre las adulteraciones, dando al pimentón un aspecto mejor que el puro.

Primero mezclaron pimentón sin aceite con cáscara de almendra, granillo de uva y arena del rio.

Después que unieron el aceite, ocultáronse las adulteraciones, pues se avivó el color de la mezcla, apareciendo el pimentón como si fuese puro.

Por último, se reunieron todas las mezclas, cerniendo aquel conjunto de porquerías, resultando todo con una apariencia de pimentón superior.

El gerente de la sociedad se halla en Madrid con los huertanos que han ido á esa en comisión.

Los almacenistas de Espinardo, pueblo en que radican los especuladores, trasladan á Orihuela el material y las existencias á causa de la prohibición gubernativa de la mezcla que solo afecta á la provincia de Murcia.

Hoy marcharon infinidad de carros con miles de arrobas de pimentón.»

El voto en contra

Al dar cuenta anteayer de la sesión verificada en el Ayuntamiento, dijimos que el concejal Sr. Pujalte había hecho constar su voto en contra de los acuerdos adoptados en favor de la pureza del pimiento.

Efectivamente: dicho voto en contra consta en los apuntes tomados por el Sr. Secretario para la redacción del acta, apuntes de los cuales tomamos nuestras notas después de la sesión.

Pero es el caso que ningún concejal de los que asistían á esta, oyeron formular dicho voto al Sr. Pujalte: y no oyéndolo los concejales, mucho menos pudo oirlo el extraordinario público, compuesto en su casi totalidad de huertanos, que á la sesión asistía.

De donde resulta que el Sr. Pujalte emitió tan tímidamente su voto, que solo lo oyó el secretario que se hallaba á su lado: y nada más que el secretario.

Así se comprende que los periodistas que asistían á la sesión, no hayan mencionado el voto con aceite del concejal Pujalte: del cual dimos cuenta porque así nos lo manifestó el Sr. Secretario, único que se enteró.

Los huertanos en Madrid

(POR CORREO)

De nuestro corresponsal

Los comisionados murcianos y el ministro de la Gobernación.—Nuevos detalles.—Información del «Nuevo Mundo» y retratos de los diputados y comisionados.

Advertía en mi carta de ayer que lo avanzado de la hora y la falta material de tiempo no me permitía recoger en aquellas líneas con toda exactitud y amplitud de detalles el resultado de la detenida conferencia que los representantes en Cortes de esa provincia y los comisionados de las diversas sociedades de la huerta de Murcia habían celebrado con el ministro de la Gobernación.

Así pues, hoy puedo ampliar aquellas notas con nuevos pormenores que se me quedaron en el tintero y encierran también interés.

Dije ya que la entrevista tuvo cerca de hora y media de duración, tiempo que aprovecharon los comisionados para exponer extensa y claramente sus pretensiones, con razonamientos de alta convicción y para impugnar bravamente el informe del Sr. Pulido, evidenciando con datos irrebatibles la justicia de la causa que defienden.

El Sr. Revenga, que hizo, como dije un verdadero discurso explicativo del problema con enérgica y vigorosa entonación de voz, teniendo por esto que recabar del ministro le dispensara los tonos vibrantes de su oración, pues que hallábanse inspirados por un sentimiento de justa humanidad y era el grito de protesta de 58.000 huertanos contra el documento del Director General de Sanidad, ofreció al ministro presentar actas notariales, en el más breve plazo posible, conteniendo no pocos millares de firmas todas así certificadas, para que no se pusieran en tela de juicio como ha ocurrido con las 6.000 firmas que autorizan la exposición elevada á las Cortes pidiendo la prohibición de la mezcla y